

Los Libros

BUENOS AIRES EN LA NOVELA, por *Antonio Pagés Larraya*

La novela tiene la virtud de revelar las intimidades de los hombres y de los pueblos tal como las capta la intuición y la observación del novelista. Por mucho que haya evolucionado este género literario y se consideren como novelas las más heterogéneas narraciones y los más sutiles análisis anímicos, hay en ella una constante que la identifica en forma inconfundible: los ingredientes esenciales de su composición están tomados de la realidad del mundo material o de esa otra realidad inasible que lleva en lo recóndito el ser. De esta suerte el novelista nos da a conocer lo más típico del hombre, aisladamente o en su relación con los demás hombres dentro del medio social en que actúa.

Lo más humano y lo más animado de la historia de un pueblo nos lo proporcionan las novelas que son reflejo del ambiente de ese pueblo, pues en ellos están vivos, palpitantes, el alma de los que allí han habitado y las condiciones sociales engendradas por ellos mismos. Tal sucede, por ejemplo, con Buenos Aires, ciudad que puede conocerse en sus costumbres más peculiares, modo de ser de sus habitantes y edificación, a través de las numerosas novelas que jalonan su trayectoria en la centuria pasada y en los años que llevamos del presente siglo. Así lo ha comprendido el joven escritor y catedrático argentino Antonio Pagés Larraya.

quien, tras una búsqueda erudita y exhaustiva, presenta en el estudio que comentamos un amplio panorama de todas aquellas novelas que de uno u otro modo han dejado en sus narraciones la impronta del alma de la gran ciudad capital.

Pagés Larraya sólo ha tomado para su nutrido repertorio bibliográfico de la novela bonaerense el período que se inicia cuando ya han corrido algunos años de vida republicana, porque durante los tres siglos de dominio español y hasta después de algunas décadas de nación libre, en la Argentina como en los demás países de Hispanoamérica, no hubo manifestaciones narrativas dignas de ser calificadas de novelas. Si bien en ese período se escribieron numerosos libros de viaje, algunos de carácter novelesco, la novela con caracteres de tal sólo aparece en la Argentina el año 1837, con *El Matadero* de Esteban Echeverría. Es ésta un relato de intenso realismo; en él ha pintado el autor, en forma directa y en trazos breves y rápidos, escenas del matadero de la época de Rosas, donde se protagonizaban hechos que ponían en evidencia la brutalidad sanguinaria de las mazorcas del Dictador. *El Matadero* es la primera expresión del naturalismo en América y de la novela con una indisimulada intención política.

Juan María Gutiérrez y Juan Bautista Alberdi, algunos años después, fijan en cuentos y cuadros de costumbres aspectos de la capital del Plata. *Amalia* de José Mármol es, en realidad, la primera novela de categoría literaria que aparece en la Argentina, por lo cual todavía se lee con agrado e interés. Una atmósfera vital que aun seguimos respirando envuelve el sentimentalismo romántico y la beligerancia política que fluyen de las páginas de esta obra. «El dramatismo de la época—escribe Pagés Larraya—surge del fondo histórico del relato, de la verosimilitud de sus personajes, de las experiencias personales del autor».

Amalia señala el punto de partida de una serie de novelas inspiradas en la vida política sórdida y turbulenta que carac-

terizó la larga dictadura de Rosa. Aun en nuestros días escritores argentinos novelan esa época luctuosa de la historia del país vecino: *El gaucho de los cerrillos* de Manuel Gálvez, *La corbata celeste* de Hugo Wast y *La Mulata del Restaurador*, cuentos de Héctor Pedro Blomberg.

La transformación de Buenos Aires durante los años que van del 80 al 90 es fecunda en novelas que reflejan ese período de aceleración social y urbanístico. Cabe citar, entre las mejores, *La gran aldea*, en la que Lucio V. López evoca la ciudad que crece y se transforma rápidamente. Del mismo año—1884—es *Juvenilia* de Miguel Cané, evocación del viejo Colegio Nacional de Buenos Aires. Eduardo Wilde, en sus animados cuadros costumbristas, nos hace revivir matices del Buenos Aires de aquellos tiempos. Con una técnica y espíritu muy españoles Carlos María Ocantos, en los veinte tomos de *Novelas argentinas*, se sirve de Buenos Aires como escenario de sus narraciones.

La desenfadada vida bursátil de 1880 se pinta en numerosas novelas. los paseos y calles con el colorido peculiar de la época: la calle Florida, el paseo de Palermo, el Hipódromo, el Club del Progreso. *Stella*, de Ema de la Barra—que ocultó su nombre bajo el seudónimo de César Duayen—tiene hoy el mérito evocativo de los álbumes familiares en donde han quedado fijadas las imágenes desteñidas de tiempos pasados, con esa poesía nostálgica que tanto emociona a las almas sensibles. Pero antes debemos recordar a Roberto J. Payró, «el primer novelista argentino con pleno carácter de tal».

La generación del centenario destacó dos novelistas de renombre americano: Manuel Gálvez y Hugo Wast (Gustavo Martínez Zuviría). En las novelas del primero—recordamos *Nacha Regules* y *El mal metafísico*—, se advierte el propósito de profundizar en los ambientes y las costumbres de la ciudad, en una actitud de redentor, en especial en la primera de las mencionadas. El segundo describe «un Buenos Aires sin peculiaridad, visto por encima, como un simple decorado de escenas».

Entre los escritores de la actual generación argentina, dos monopolizan el interés de Buenos Aires, representado por sus barrios más típicos: Boedo y la calle Florida. Eduardo Mallea, con sus densas novelas *La bahía del silencio* y *La ciudad junto al río inmóvil* refleja el Buenos Aires simbolizado en la calle Florida. Leonidas Barletta, en varios relatos y, sobre todo en *La ciudad de un hombre*, novela el Buenos Aires de la gente humilde, de las vidas trágicas en su desamparo social. Como en *El Mata-dero* de Echeverría, Barletta recoge el latido del alma anónima y dolorida de la gran ciudad.

Hemos querido esquematizar los aspectos más salientes del enjundioso estudio de Pagés Larraya, a fin de destacar la agudeza de su análisis de las novelas ambientes en Buenos Aires y el trabajo de erudición que éllo ha significado. Tiene este ensayo el valor de un guía que nos ayuda a recorrer la metrópolis argentina en su trayectoria más que centenaria y en los múltiples aspectos de su evolución social, política y urbanística.—MILTON ROSSEL.



LA ETERNIDAD CONTIGO de *Benedicto Chuaqui*

Es difícil saber hasta qué extremo un hombre puede soportar el valor de su propio destino, guardarlo, apagado, entre sus voces secretas, matarlo profundamente entre sus silencios, enterrarlo con avidez en el fondo de sus días.

Algo busca como una solitaria mano terrestre, algo hurga las entrañas de sus horas, algo quiere permanecer, quedarse viviendo con una grande desesperación de morir. No es el trueque de una realidad por otra, no es una vida que se desprende de otra en un constante vaivén, no es una muerte cayéndose, callada, en la raíz de su propia muerte. Para los «correveydile» de la literatura que juegan con estos elementos, la poesía ya tiene su